

PRIMERA PARTE

LOS GERMANOS ORIENTALES.—LOS PUEBLOS DEL GRUPO GODO

CONSIDERACIONES GENERALES

Lo que hemos dicho en la «Introducción» sobre la manera de extenderse los germanos por la Europa, explica por qué los pueblos del grupo godo entraron mucho más tarde que los otros germanos en contacto perenne con los romanos. Los territorios ocupados por los godos ya al principio de su aparición en nuestro continente, ya después de su retroceso, estuvieron á causa de su distancia por largo tiempo fuera del radio de la acción romana; mientras que las relaciones amistosas ú hostiles entre Roma y los germanos establecidos en las cuencas del Rin y del Danubio, continuaron ya sin interrupción desde la conquista de las Galias por Julio César y de los Alpes recios por los hijastros de Augusto.

Por esta razón puede darse á los godos el nombre de germanos orientales.

No hace aun mucho tiempo que se creía encontrar mencionados á los godos en la relación más antigua que trata de los germanos. El griego Piteas de Massalia, contemporáneo de Alejandro Magno, que viajó por los mares del Norte hasta la isla de Tule (es decir, hasta las islas de Shetland y no á la Islandia), en la relación de su viaje dijo que los godos habitaban las costas del golfo de Mentonomon; pero las investigaciones tan eruditas como sagaces de Misllenhoff han demostrado que Plinio debió de leer gutones por teutones, y que el país del ámbur que Piteas describe no estaba en el Báltico sino en el mar del Norte ó germánico. Plinio y Tácito saben que los godos habitaban las costas del Báltico junto á la embocadura del Vístula; pues así lo dicen en sus obras, y efectivamente allí es donde se establecieron primero en Europa.

Lo que no está averiguado es, si los gautos de la Escandinavia tenían que ver algo con los godos. Los eruditos escandinavos creen que aquellos gautos eran germanos alemanes, arrojados ó estrechados por germanos septentrionales que llegaron después de ellos; pero aunque es fácil que atravesando bandas y pueblos sueltos de godos atravesaran el Báltico y penetrasen en la Scatinavia, nombre que los autores antiguos tan pronto aplican á islas y penínsulas como á tierras continentales, y aunque el idioma godo es el que más se asemeja al antiguo del Norte, existe todavía una diferencia demasiado grande entre ambos para admitir la identidad de los dos pueblos.

El nombre de godos era colectivo y comprendía muchos pueblos, á diferencia del de cheruscos ó sicambros que designaba cada uno solo un pueblo determinado. No había, sin embargo, unión política entre los pueblos godos, ni tampoco federación, ni mucho menos la unidad de imperio; llamábanse godos porque eran descendientes de un mismo tronco; eran afines de raza como lo eran también los dife-

rentes dialectos que hablaban. Todos eran descendientes de Gant, es decir, de Godo, y por esto se consideraban todos como godos. Ni ellos ni los germanos septentrionales pretendían entrar en el grupo de los germanos occidentales, que derivaban su origen de los tres hermanos, hijos de Manu hijo del dios Tuisto, lo cual prueba que cuando se inventó é hizo general esta fábula, ya debían considerarse godos y germanos occidentales tan extraños entre sí por el tiempo transcurrido desde su separación y la distancia de sus respectivos territorios, que no se acordaban de su afinidad primitiva, por cuya razón no fueron contados como pertenecientes á los germanos occidentales, que pretendían descender de los tres hermanos de Manu, dividiéndose en otras tantas ramas bajo los nombres de ingavones, istavones y erminones.

Podemos, sin embargo, aplicar también á los godos la observación que Tácito añade á su relación; es decir, que corrían otras versiones según las cuales el dios Tuisto había tenido además de Manu, otros hijos, á los cuales otros pueblos germánicos reconocían como los respectivos fundadores de su raza y nombre.

Es imposible determinar la época y el país donde tuvo efecto la separación entre los godos y demás germanos ya septentrionales, ya meridionales, ya occidentales. No se sabe si fué en Asia antes de salir los germanos occidentales de la patria común, ó en el límite de los dos continentes; lo que parece fuera de duda es que al penetrar en Europa, la división estaba hecha.

Muchos autores de la antigüedad consideraban idénticos los godos y los getas que vivían igualmente al Este de los griegos y romanos, y uno de los más distinguidos sabios del mundo antiguo en su último período, Casiodoro Senador, hombre de grandísima erudición y el estadista más influyente del imperio ostrogodo en Italia, antes de San Isidoro de Sevilla, pues murió después del año 563, estaba tan sinceramente convencido de la identidad entre godos y getas, que colocó á estos últimos en primera línea en su «Historia de los Godos;» y nadie como él podía saberlo mejor, atento que el objeto principal de su carrera política era lograr una reconciliación entre la casa real de los Amaleos y el emperador de Bizancio por una parte, y por otra entre los godos de Italia y la población natural de este país; Casiodoro hizo el siguiente razonamiento: si eran los godos hijos de los antiguos getas no podían ser considerados como se consideraba á los germanos del Norte, bárbaros despreciados y odiados de la antigüedad culta. Por lo contrario, eran entonces un pueblo de notable y antiquísima cultura, bien conocido y apreciado por los griegos y romanos, con distinguidos maestros en filosofía, gramática y demás ciencias como entre otros Dicensó; de modo que un emperador de Bizancio no perdía nada de su dignidad si se aliaba con semejante pue-

blo; mientras que podía parecer también á los romanos algo menos humillante partir con ellos la Italia.

Se perdió la obra de Casiodoro; pero Jordanis nos dejó un extracto de ella escrito por los años 551, en el cual se ha conservado el carácter del original intacto, y así pudo transmitirse la opinión hipotética del primero á muchas obras escritas en la Edad media y aun á algunas de nuestra época. Sin embargo, esta opinión no quedó del todo victoriosa ni adquirió toda su importancia hasta que Jacobo Grimm la apadrinó con su particular y convincente dialéctica, á fin de valerse de ella en la defensa de su obra favorita é importantísima, «Historia del idioma alemán,» en la cual trata de probar en una serie de brillantes artículos la exactitud de la hipótesis de Casiodoro, empleando todos los medios y combinaciones que le facilitaban su grandísima erudición y su imaginación penetrante y sagaz. De todos modos ni el piadoso respeto ni el entusiasmo y gratitud que nos merece el maestro más admirable é ingenioso del idioma alemán, deben impedirnos declarar la hipótesis de la identidad de getas y godos desprovista de todo fundamento, enteramente contraria á la marcha de la historia, é imposible de armonizar con todo lo que sabemos por otras fuentes respecto de los germanos y muy particularmente de los godos. Pugna con la marcha del desarrollo, no solo de este, sino de todos los pueblos del mundo, suponer que los godos bajo el nombre de getas, únicos entre toda la raza germánica, hubieran tenido el privilegio de adquirir, muchos siglos antes de J. C. y de un modo del todo inexplicable, un elevadísimo grado de civilización con un gobierno de sacerdotes y de sabios, tan diferente del genio germánico, que para establecerlo debiera haberse cambiado el carácter de los germanos hasta el punto de no quedar de él ni la más leve huella ni recuerdo; y pugna sobre todo con el desenvolvimiento histórico que los getas, tan civilizados como se supone, se presentaron luego en Italia tan bárbaros y salvajes como el resto de los germanos, con todas las señales de un pueblo que aun no ha adquirido los primeros rudimentos de cultura, con aquella juvenil lozanía y disposición propias solo de pueblos que se hallan en el primer período de su desarrollo. La historia nos presenta ejemplos de pueblos degenerados, que ocuparon algún día un alto puesto en la civilización y recayeron después en la barbarie; pero estos pueblos conservan en su carácter algo de senil y osificado que siempre recuerda lo que fueron; son pueblos exhaustos é incapaces de tomar por sí nuevas formas, ni tienen aquella vigorosa savia que produjo entre los godos á un Ultila, un Alarico y un Teodorico.

Gran número de pueblos godos pueden determinarse merced á historiadores antiguos con entera fijeza, y estos son los más importantes. Luego hay otros cuyos nombres, raza y número son discutibles, cuando no inciertos ó totalmente oscuros. El historiador Procopio, que estaba en el caso de saberlo, pues que hubo de tratar con ostrogodos, vándalos, rugios, hérulos y gépidos en centenares de casos, dice en su obra sobre «La Guerra con los Vándalos,» que siempre se han comprendido bajo el nombre de godos una multitud de pueblos, entre los cuales descollaban en su tiempo los ostrogodos, que llama simplemente godos, los visigodos y los gépidos. Podía haber añadido también los hérulos, rugios, esciros, turquilingos, los godos menores, los mesogodos, los godos tetrascíticos, los taifalios, los victofalios. Los greutungos y los tervingos eran simple y respectivamente otros nombres para designar á los ostrogodos y visigodos.

Sin admitir la identidad de todos estos grupos con los godos, continúa el citado autor diciendo que: «estos pueblos habían sido llamados también sármatas por los griegos y

PUEBLOS GERMÁNICOS Y ROMANOS

romanos, y hasta algunos habíanlos citado como tribus getas porque no sabían distinguir entre los bárbaros orientales, á pesar de que todos se distinguen por nombres especiales aunque en nada más; todos tienen los mismos caracteres físicos, cutis blanco, cabello rubio, elevada estatura, fisonomía hermosa; su jurisprudencia, su religión que era la ariana, su idioma, el llamado godo, eran iguales en todos. Yo opino que en el origen fueron un solo pueblo que bajo diferentes jefes se dividió en grupos, cada uno con su nombre particular y propio.»

Esta última explicación era el recurso acostumbrado de los etnógrafos de la antigüedad; y aunque carecía de base, era hasta cierto grado acertada en el presente caso; pero á manera de palo de ciego, en sentido muy diferente del que llevaba Procopio.

De algunos pueblos puede dudarse si eran germanos; pero si lo eran los unos, entre ellos los peucinos y bastarnos, pertenecían, indudablemente por su situación geográfica antigua, á grupos y pueblos godos; y los otros, como los alanos, eran cuando menos afines con ellos.

Poco después de su inmigración en Europa, puede admitirse la distribución de los godos en el Noroeste como sigue: los gotones de los antiguos ocupaban el territorio más oriental de todos los grupos, á la orilla derecha del Vístula, y en las costas del Báltico cerca de los alfaques de Cur y Frisch, hacia Levante, de donde se vieron ya desde un principio empujados por los sármatas, ó mejor dicho vendos, una de las ramas eslavas. Desde la orilla izquierda del Vístula y la costa, es decir, desde Dantzig hacia Pomerania hallábanse los esciros; al Noroeste de estos á lo largo de la costa de Pomerania, desde Stolpe á Stralsund vivían las diferentes tribus de los rugios, de las cuales los rugios isleños ocupaban la isla de Rugen y demás islotes, y los turquilingos ambas orillas del Oder. Al Sur de los rugios en el interior desde la orilla izquierda del Vístula hasta mucho más allá de la izquierda del Elba estaban los vándalos divididos en muchos grupos, entre los cuales se cuentan erróneamente los ligios y lugios, pueblos que desde siempre vivían establecidos en el límite Norte de Bohemia y que poco á poco desde el año 140 cambiaron su nombre de ligios dúnicos por el de vándalos, entre los cuales se distinguían vándalos y vándilos. Al Sudoeste de estos encontrábanse los longobardos, pueblo germano pero no godo, y al Sudeste del Oder hasta el Vístula los borgoñones, que tampoco eran godos, pero hablaban un idioma ó dialecto muy afín. En las islas dinamarquesas vivían probablemente tribus hérulas, formando el extremo del grupo godo, como en el Sudeste del Vístula y en dirección al mar Negro existían otros pueblos godos cuyos nombres no es posible fijar con certeza, y que recibiendo más directamente el empuje de las hordas que detrás de ellos pugnaban por marchar hacia adelante, fueron los primeros en ceder y dejarse expulsar para dirigirse y empujar á su vez á otros pueblos hacia el Sur.

Se sabe muy poco sobre la historia, organización social y grado de cultura de los godos cuando ocupaban los territorios indicados, y lo más acertado será suponerlos en idénticas circunstancias que los germanos occidentales, de los cuales hablaremos en la segunda parte. Aquí solo diremos que Tácito refiere como cosa notable que los gotones situados al Este de los ligios, nombre colectivo como el de los godos, suevos y otros, estaban regidos por reyes, mientras que la organización democrática era en su tiempo todavía la más común en los pueblos germanos del Sudoeste, sobre los cuales se hallaban los romanos más informados. Añade que aquellos reyes gobernaban á los gotones con un rigor que no soportarían los demás germanos, aunque sin perjudicar la

libertad del pueblo. También cuenta de los rugios y lemovios, que para él no son godos, que todos con excepción de los que llama ligios y que se gobernaban democráticamente, se distinguían por sus escudos redondos, espadas cortas y la «especial veneración en que tenían a sus reyes;» observación confirmada por la historia posterior de los godos. En otra parte de su obra dice el mismo autor, que con motivo de sus guerras habían llegado los romanos a conocer algunos pueblos con reyes (quiere decir pueblos regidos democráticamente con reyes a su cabeza), mientras en los pueblos del interior eran los reyes una excepción.

Por otra parte sabemos sobre los godos de aquella época que Catvalda, noble marcomano, huyó a ellos para salvarse de Marobodo, a cuyo país volvió después con fuerza armada, cuando vio que su poder había menguado a consecuencia de su lucha con los cheruscos y sus aliados a las órdenes de Arminio. Atrajo pues a los nobles a su partido y atacando de repente la población donde residía el rey, apoderóse de su castillo y obligó a refugiarse entre los romanos. De esta historia resulta respecto de los godos que estos no estaban sometidos a Marobodo, pues que de otro modo nadie habría podido huyendo de éste refugiarse entre ellos, y que hallándose el imperio de aquel rey situado en Bohemia, muy cerca debían hallarse establecidas a lo menos ciertas tribus godas, sin que por esto hubiesen tenido que ser limítrofes. Para que la empresa de Catvalda se hiciera con la rapidez que era la condición de su éxito, no podía partir de lejos la expedición. Siguiendo la descripción de Tácito se hallaba la capital Marobuda al pie de los Sudetes, que cierran la Bohemia por el lado Noroeste y Norte; en dirección Nordeste estaban separados los godos de aquel país por muchos pueblos ligios, quizás en parte sometidos a Marobodo; hacia el Noroeste confinaba la Bohemia con los sennones y longobardos, enemigos de Marobodo; por manera que el golpe no podía venir sino del Noroeste, del lado del Elba, y en este caso hubieron de ser vándalos los godos entre los cuales se acogió Catvalda.

Este suceso ocurrió en el año 19 de nuestra era; después ya nadie menciona a los godos hasta dos siglos más tarde cuando aparecieron en la costa septentrional del mar Negro y en las desembocaduras del Danubio.

El retroceso de los godos de la embocadura del Vístula al mar Negro es un hecho indudable y se explica si se quiere sin dificultad del modo que sigue. Ya hemos visto cuántos y cuán numerosos pueblos, formando un total de muchos millones de almas, se comprendían bajo el nombre de godos; y como en ninguna parte se dice cuáles de estos pueblos venían a ser los godos que Plinio y Tácito colocan junto al mar Báltico, podemos suponer que eran aquellos que más conexión tenían con el Norte; es decir, los ostrogodos, héru-

los, rugios y vándalos. Con estos debían o podían eslabonarse otros de la misma procedencia aunque con algunas brechas donde habían penetrado tribus que no eran godas ni siquiera germánicas, hasta llegar cerca del mar Negro; de modo que ocupaban los pueblos godos con algunas interrupciones posibles una línea recta desde el Vístula en el Norte hasta el citado mar. En la línea divisoria de los afluentes del Báltico y de los del mar Negro, de las cuencas del Vístula y del Dniester en el territorio de los gépidos godos, se juntaban como en un puente los godos del Norte con los del Mediodía. También es posible que al penetrar en Europa los pueblos godos viniesen siguiendo las grandes corrientes, el Bug, el Dniester y el Pruth que desembocan en el mar Negro, en cuyas costas septentrionales se quedasen los que cupiesen mientras que las otras hordas seguirían por la cuenca del Vístula hacia el Norte; y que más tarde se replegasen sobre sus hermanos del Mediodía, cuando según se refiere de algunos de ellos, las inundaciones, plagas de insectos venenosos, epidemias, malas cosechas, el hambre y sobre todo el exceso de la creciente población les obligara a ello. Esta última razón debió de ser la más poderosa. El territorio se hacía estrecho; el frío y el mar en el Norte, el imperio romano en el Mediodía y Occidente, las cordilleras, selvas y pantanos, que reducían el terreno de pasto, las hordas que empujaban por la espalda, y las tribus que había delante; todas estas circunstancias reunidas obligaban a aprovechar mejor el terreno disponible cultivándolo, y a acostumbrarse a vivir en sociedad o grupos; y la consecuencia fue el aumento de la población, pues que con el nuevo régimen aumentaba y se regularizaba la producción de víveres; se inventaron y observaron necesariamente reglamentos, usos o leyes para asegurar y proteger la propiedad, el individuo, el hogar y la familia, y así se fue haciendo más fácil la existencia.

Este tránsito de la vida salvaje nómada a la sedentaria no podía tener efecto en todas las tribus absolutamente a un mismo tiempo, pero algo antes de Tácito habíase realizado en la mayor parte de los pueblos germánicos; de modo que por los años 150 bien podía ya hacerse sentir la ley del aumento de la población habiendo aumentado de víveres y de seguridad; y esta es también cabalmente la época en que un gran número de pueblos germánicos empezaron a moverse a causa, según dicen la tradición y la razón, de no caber en sus territorios.

En la misma época, por idénticas razones, y en los pueblos que confinando con vecinos más poderosos que ellos, como por ejemplo, el imperio romano, no podían pasar ni adelante ni atrás, ocurrieron otros cambios interiores destinados a mejorar y facilitar la vida sedentaria; es decir, que estos pueblos hubieron de organizarse socialmente sobre bases más perfectas; en una palabra, constituirse y civilizarse.

LIBRO PRIMERO

LOS VANDALOS

CAPITULO PRIMERO

HISTORIA PRIMITIVA HASTA EL ESTABLECIMIENTO DE LOS VÁNDALOS EN ÁFRICA

Por los años 100 de nuestra era, hallábanse todavía los vándalos establecidos entre el Elba y el Vístula hacia el

Norte, puesto que los menciona Tácito allí, en aquella época, y Plinio unos 23 años antes. Debían de ser bastante poderosos para ejercer una notable presión sobre todos sus vecinos, que les tenían mucho respeto en atención a lo escarmentados que estaban, si hemos de creer a Paulo Diácono. Este escritor, con motivo de la traslación del pueblo

longobardo hacia el Mediodía, refiere que al querer atravesar los longobardos el distrito de Escoringa, cuya situación no ha podido fijarse aun, les exigieron los vándalos un tributo, amenazándoles con la guerra si no pagaban, y como los longobardos no se aviniesen a tan injusta exigencia, les dieron una gran batalla, en la cual los vándalos fueron totalmente derrotados, gracias al auxilio de los dioses Vuotan y Frigga que querían castigar su soberbia. En esta tradición, figuran como jefes de los vándalos Ambri y Asi, que son otro ejemplo de la afición de los germanos a la aliteración o parano-masia, como más tarde Rauso y Rapto, Gunterico y Genserico; entre los godos Teodorico y Teodomiro, Teodorico y Teodahaldo, y entre los francos, Clodio y Clodoveo. Históricamente no se mencionan ya los vándalos hasta su aparición en la pendiente septentrional de los montes Asciburgos, a donde habían llegado remontando probablemente el curso del Oder. Sufrieron allí otra derrota, por cuya razón se llamaba esta cordillera que separa la Silesia prusiana de la Bohemia, en tiempo de Dion Casio (que vivió desde el año 155 hasta el 230), la sierra de los vándalos. Desde allí extendiéronse o se pasaron en totalidad hasta las orillas del Danubio. En ambos puntos tuvieron por vecinos meridionales, y después por el lado de Occidente, a los marcomanos hermiónicos, a quienes pocos años antes de J. C. había llevado Marobodo desde su antiguo territorio a orillas del Mein, en su curso medio y superior, a Bohemia. Cuando el emperador Marco Aurelio se decidió a libertar la Panonia de las invasiones de los marcomanos, se unieron a estos sus vecinos los vándalos durante los tres años que duró la guerra, es decir, desde 171 hasta 173, quedando aquellos completamente vencidos, aunque no exterminados, como escribe el biógrafo del emperador.

Desde el principio hasta el año 418, se comprendieron bajo el nombre colectivo de vándalos, entre otros muchos pueblos, principalmente dos, los silingos y los asdingos con sus reyes especiales, cuyas familias llevaban el mismo nombre que su pueblo respectivo, confirmando con esto lo que dijimos sobre el origen y esencia de la dignidad real entre los germanos. La palabra *adal*, hoy en alemán *adel*, nobleza, significaba en aquel tiempo simplemente raza, y lo mismo puede decirse del radical *azd* del nombre de la familia régia y pueblo de los asdingos, puesto que significa especie, linaje, prosapia, es decir, raza también.

Vencidos los marcomanos, lograron los romanos atraer a su partido a los asdingos; y habiendo estos en tiempo de sus reyes Rauso (Raos) y Rapto obtenido notables ventajas sobre los costobocos, pueblo no germánico, y sobre los lacringos que quizás lo eran, les cedieron los romanos en recompensa los terrenos en Dacia donde deseaban establecerse, y que con este objeto tenían amenazados desde tiempo antes. En la cesión iba comprendida la obligación de auxiliar a los romanos contra los marcomanos; por cuya razón se cree que aludían a estos vándalos los romanos cuando en sus estipulaciones de paz con los marcomanos en el año 181 obligaron a estos, como habían obligado a los otros pueblos aliados los yazigios, sármatas, y buros, que quizás eran germanos, a no hacer guerra a los vándalos, conforme era de temer hubiesen hecho para vengarse de ellos con motivo de su alianza con los romanos. Siendo esto así, debían de ser otros vándalos los que Caracalla se alabó de haber logrado enemistar con los marcomanos, sus aliados y amigos hasta entonces.

Desde entonces no se oye hablar más durante dos generaciones de los vándalos, a quienes dejamos establecidos en Dacia, colindantes al Sur con el Danubio, al Oeste con los marcomanos, al Norte quizás con los hermunduros, y al Este

con los godos, y en el mismo territorio que en el siglo VI ocupaban los gépidos. En el año 271 humilló Aureliano bandas de vándalos merodeadores; pero consintió que se retiraran libremente, permitiéndoles el libre tráfico en el Danubio a condición de auxiliar a los romanos con un contingente de 2,000 jinetes. Con esta ocasión llegamos a saber que los vándalos eran célebres por su caballería; que tenían dividida su infantería en batallones de a 1,000 hombres; que tenían dos reyes que firmaron la paz dando en rehenes a sus hijos y allegados, acaso personas de la nobleza popular de las dos ramas asdingas y silingas, y que los dos pueblos tenían jefes de guerra o capitanes mandados por su rey respectivo; tanto que uno de estos últimos mandó matar a un jefe de un flechazo por haber faltado al convenio de paz devastando en la retirada un territorio romano; muerte ordenada probablemente en virtud de atribuciones extraordinarias que debían tener aquellos reyes en tiempo de guerra. En la entrada triunfal de Aureliano en Roma en el año 274 figuraron también vándalos.

Los sucesores de Aureliano se las hubieron a su vez con vándalos en la Galia, muy lejos del Rin; pero estas hordas no eran todo el pueblo, que continuaba en su territorio junto al Danubio, sino más bien bandas de aventureros, partidas armadas, conducidas a veces muy lejos por sus jefes reñidos con la paz. Así derrotó Probo (276-282) en las provincias del Rin hordas de borgoñones y vándalos reunidas, después de haberles inducido por medio de alguna estratagema a atacarle; y cuando luego, desconociendo lo estipulado en la paz que concluyeron, volvieron a las suyas, les escarmentó en repetidos encuentros, tanto que pudo enviar muchos prisioneros a Inglaterra, donde algunos creen que fundaron el pueblo de Vandsbury cerca de Cambridge. De 285 a 309 hubo también de luchar Maximiano con vándalos cerca del Rin; sin que todo esto autorice a creer que en aquellas tierras se hallara establecida una parte considerable del pueblo vándalo.

No mucho tiempo después tuvieron que luchar también los vándalos en su propio país para defenderse contra sus vecinos de Oriente, los godos, que bajo el mando de su rey Geberico (331-337) se esforzaron por dilatar su dominio extendiéndolo sobre sus vecinos. Llegóse entre ambos pueblos a una batalla a orillas del río Maroch, que duró largo tiempo sin que ninguno de los dos ejércitos obtuviera una ventaja decisiva; pero al fin cayó muerto Visumero, el rey vándalo asdingo, y gran parte de los suyos le siguieron a la muerte.

Con esto quedó tan debilitado el resto de los vándalos, que renunció a defender su territorio en la orilla izquierda del Danubio contra el irresistible empuje de los godos, solicitó la protección del emperador Constantino, y consintiendo éste en recibirle en sus dominios, le señaló para establecerse suficiente territorio en la Panonia a la orilla derecha del río, mas al Noroeste, por supuesto con la condición de someterse al imperio y aprontarle sus correspondientes contingentes de tropas principalmente de caballería. Así la *Notitia Dignitatum*, escrita hacia el fin del mismo siglo, habla del octavo escuadrón de vándalos que formaba parte de la división a las órdenes del gobernador o conde (comes) de Egipto.

Pasaron otra vez como dos generaciones antes que este pueblo se rehiciera; pero en los años 375 hasta 383 nuevas hordas germánicas, entre las cuales figuraron otra vez vándalos, probablemente como antes bandos sueltos de aventureros, embistieron la Galia, hasta que Graciano los escarmentó.

A principios del siglo V la mayoría del pueblo *asdingo* y *silingo*, impulsado por el hambre, resolvió abandonar su país,